

ATENEO DE MADRID

POLÍTICA HIDRAULICA

Conferencia dada por D. Amós Salvador
el 19 de Diciembre.

Señores:

¡Hoy os tengo miedo!

Porque el tema que voy á desarrollar es este: "Vulgarización de algunos conceptos relacionados con la política hidráulica". Y cuando veáis de qué conceptos se trata, que pasan por ser de todos conocidos y debidamente apreciados, váis á hacer este razonamiento: "Cuando uno ha sido ministro de Hacienda, y eso aquí importa poco; cuando se ha sido ministro de Instrucción pública, cosa que ya aquí importa más, y cuando se ha sido ministro de Fomento, que es el departamento ministerial á que se refieren las ideas anunciadas, hay derecho á esperar temas hondos, hondamente tratados, y si lejos de eso, se viene al mayor centro de cultura de España, donde todos ó son intelectuales ó van para serlo, con tales minucias, para eso, según la frase de moda, ¡no hay derecho!" (Risas.)

Suspended un poco el juicio; porque muchas veces el esclarecer conceptos que parecen conocidos y baladíes, importa más para la vida pública que el tratar los temas más encopetados de que pueda hacerse cargo la razón humana.

Aquí se acabaría el exordio y entraría desde luego en materia, si no tuviera que hacer una advertencia, que es para mí de la mayor importancia. Si el partido liberal estuviera en el poder y el Sr. Gasset, mi querido amigo, fuera ministro de Fomento, yo no daría esta conferencia. Pensarían, acaso, que venía á combatir ideas que ni puedo ni quiero combatir, y ¡quién sabe si todavía imaginarían que hacía instancias para conseguir una cartera que, contra mi deseo y por poco tiempo, ya he desempeñado!

No puedo combatir ideas ni planes que desconozco por completo, y que, acaso, desconoce el ministro aludido, mientras no disponga de los millones que ha creído siempre necesarios, y que no le han sido aún concedidos, y en todo caso, no quiero combatir á quien no censuras, sino elogios, merece por su fe, su constancia, su entusiasmo, su convencimiento, su buena intención, su cultura especial en la materia y su entendimiento puesto al servicio de una causa que lo merece.

Y no digo esto ciertamente porque no me creyera autorizado para expresar opiniones contrarias á las de quien quiera que sea, puesto que cada uno es dueño de las suyas, sino porque no es hoy ese mi propósito.

En demostración de lo que digo, os recuerdo y seguramente recordaréis, que hace ya no sé cuántos años, se dieron aquí tres conferencias sobre riegos: una la desenvolvió el Sr. Moret, otra el Sr. Gasset y la tercera yo, y los tres convinimos ¡en que ninguno de nosotros aceptaba las ideas de los otros dos! (Risas.) Era entonces el Sr. Moret nuestro jefe, y no hay para qué decir que los tres éramos excelentes amigos y nada sufrió por tales discrepancias aquella jefatura ni nuestra subordinación, y mucho menos nuestra amistad. Repito, pues, y no insisto más, que bien pudiera sin daño para nadie expresar las ideas que tuviera por conveniente; pero que sólo vengo á esclarecer conceptos, respetando las ideas de todos.

Piensen algunos que no es el único origen de las aguas las lluvias; que está en nuestra mano, por varios medios, acrecentar el caudal de las disponibles; que el mejor aprovechamiento de ellas es el riego de los campos; que siempre produce aumento de riqueza el regar las tierras, y todos estos conceptos y otros muchos que

nos saldrán al paso en el curso de lo que os diga, son de una inexactitud manifiesta y reclaman vigorosamente una rectificación.

Pasaré como sobre ascuas sobre lo primero que se me ocurre deciros, porque no se me oculta que sólo pueden pensarlo los de gran incultura, que no tienen idea de la constitución física de nuestro globo ni del juego de las fuerzas naturales, aunque por desgracia estas gentes forman una gran masa dentro de la población, y tienen importancia para la formación de la opinión pública.

Cuando al hacer obras de desmonte, por ejemplo, se descubre un manantial ó fuente, y cuando aun sin hacer esos trabajos se ven burbujear los manantios, es frecuente, ó por lo menos no es raro, ver que se cree que nacen allí esas aguas, como pudiera nacer una planta, que son nuevos caudales descubiertos ó creados que deben añadirse á los disponibles, dando todo su valor á la palabra manantial que se aplica á todo lo que es origen de algo.

No ven que el agua de lluvia que cae sobre la superficie de la tierra, corre por ella unas veces y otras se filtra y sumerge, bajando siempre y corriendo por terrenos más ó menos permeables, prefiriendo los últimos y hallando á veces verdaderos conductos naturales, hasta que afloran á la superficie en la forma que acabo de decir. Y no insistamos más en esto, sólo sostenible por los de extrema incultura; pero ya veremos ahora cómo el mismo concepto, en otros órdenes, es apadrinado y mantenido por capas intelectuales de nivel superior, hasta llegar á las que pasan por más cultas.

Tomemos, por ejemplo, las aguas subterráneas, en las cuales, para el estudio que hacemos, distinguiremos tres clases, á saber: las llamadas subálveas, las que corren por capas acuíferas subyacentes ajenas á la dirección de los ríos, y las artesianas, que por hallarse comprendidas entre capas impermeables, surgen á la superficie por efecto de la presión á que están sometidas.

¡Tened paciencia, más aún, resignación, para soportar estos vulgarísimos razonamientos; porque esta conferencia no ha de ser otra cosa que una copiosa colección de ellos, que cuanto más tengan ese carácter más estará orgulloso de mi acierto!

¿Cómo se forman los ríos? Cae la lluvia sobre la tierra, corre por ella buscando los sitios más bajos, y llega á los que forman el lecho, cauce ó madre; pero no desciende por sus cauces inmediatamente, sino que su primer cuidado consiste en rellenar los huecos que dejan entre sí los cantos rodados ó aluviones de todo género, macizando el lecho, si se me permite esta frase, para que puedan ya correr por él las aguas vistas. Como éstas no encuentran más obstáculo que el aire atmosférico, la velocidad que adquieren sólo depende de la pendiente, y puede ser muy grande; pero las aguas subálveas, las que han macizado el terreno, y que no están en reposo, como tienen que correr á través de los aluviones, llevan siempre una pequeña velocidad relativa y siguen sensiblemente la dirección del río, separándose á veces para volver á ella, ó abandonándola, según los casos, para siempre.

Pues creen algunos, y no de los más incultos, que el agua que se saca de la corriente subálvea, estaba destinada á perderse, y que el alumbrarla es dotar al caudal de las disponibles de uno nuevo que pasa á ser aprovechable.

Afortunadamente, y por lo mismo que no son ya incultos, se rinden al razonamiento de que el agua subálvea que se saca en un punto disminuye el caudal de esa capa subterránea que dejará de estar macizada, según la frase que ya hemos admitido, y vendrá á serlo por las aguas vistas de encima, que se dejarán caer, de suerte que tanto da sacarlas de abajo como de arriba

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000208049

R 003191

87.258



porque en la medida que unas y otras se utilicen en el camino, se disminuirá el total de las disponibles para los de aguas abajo.

En este caso se ve realmente cómo se hunden las aguas vistas para llenar la corriente subálvea, cuando ésta se utiliza; pero les cuesta más entenderlo así cuando de las de la segunda clase se trata. Son, en efecto, aguas ocultas y al parecer destinadas á no producir beneficio alguno, y lo mejor que puede hacerse con ellas es alumbrarlas y que vengan á formar parte del total de las utilizables; pero sea bueno ó malo el alumbrarlas, que bueno ó malo será, según los casos, ya forman parte de ese caudal utilizable y llenan su misión ó *macizando* el terreno para que corran por encima las aguas de lluvia, ó saliendo á la superficie en puntos más bajos y lejanos, y no menos que antes las que se alumbren producirán un vacío aguas abajo, que se encargarán ahora de llenar las lluvias, como antes las del río, y mientras no hagan ese trabajo no discurrirán, de suerte que siempre el caudal que se toma aguas arriba, sea su procedencia la que quiera, se quita aguas abajo, aunque muchas veces se difuminen los efectos y no sea dable señalarlos.

La razón tiene perfecto derecho á afirmar que así será, tanto cuando aparezca la merma sensible en puntos determinados, como cuando sea imposible apreciarla en los aprovechamientos.

Y vamos á los pozos artesianos, que es donde más cuesta aceptar el juego de estas sencillas ideas, y donde gentes verdaderamente cultas defienden que son caudales que se crean, con razonamientos de fuerza innegable.

En vano se les dice que esos depósitos, que se ponen en comunicación con el exterior por ciertas perforaciones, y que surgen sin necesidad de bombas ú otros artificios, no se conservan sino merced á las aguas de lluvia, que los repondrá del volumen alumbrado antes de correr por la superficie y desempeñar otros destinos, y que en éste, como en todos los casos, el total de aguas disponibles es uno, y que no cabe distraerlo en parte alguna y en porciones grandes ó pequeñas sin que los más inferiores se vean menoscabados, porque defienden sus puntos de vista con el siguiente razonamiento. Imaginemos un punto de la costa y en él una corriente subterránea, artésiana ó no artésiana, y no se negará que si en ese punto no se alumbraba, á los pocos pasos se habrá perdido en el mar; luego es una dotación más que se añade á la disponible al alumbrarla.

Y no cabe negar exactitud á este razonamiento; pero si el punto elegido está en la línea de separación de tierra y agua, no se sabe qué terrenos podrá regar, si del riego se trata, y cuanto más nos separemos de esa línea más serán aplicables los razonamientos expuestos, y de todas suertes, las doctrinas generales no se fundamentan en los casos particulares. Así la teoría que vengo defendiendo y que es la única conforme con la constitución física de nuestro globo y con el juego de estas fuerzas naturales, que dentro de un momento examinaré más despacio, no sufre por eso alteración ninguna, sino que se conserva incommovible.

Y para que veáis cómo hasta las inteligencias más cultivadas contribuyen á que la masa general piense que tenemos varios medios de acrecentar el caudal de agua disponible, os diré que en una discusión interesantísima, uno de nuestros más inteligentes, más ilustrados y más elocuentes oradores hacía un razonamiento parecido á este: «Es cierto que en España no tenemos agua porque en España no llueve: cae aquí menos de la mitad de agua que en Francia: se calcula que para que los campos no sufran por la sequía se necesita una capa de agua llovida de 75 á 80 centímetros, y aquí el término medio es 45 centímetros; pero tenemos un medio de acrecentarla y es *el encauzar nuestros ríos*». Es claro que

una inteligencia como aquélla no podía creer cosa semejante y él mismo explicaba el alcance de esa frase, que es bien distinta. Decía que las aguas de lluvia que caen sobre nuestra meseta central tardan en llegar á los mares Atlántico ó Mediterráneo unas cuantas horas, y si se conseguía que esas horas fueran días ó semanas, se resolvía el problema de la escasez de las lluvias. Claramente se ve que no se trata de aumentar el caudal disponible, sino de utilizarlo mejor, pensando que eso *equivale* á aumentarlo; pero hay razonamientos fundamentales que hacen ilusoria esta equivalencia.

Los ríos no son *el todo* cuya representación gráfica se hace en los mapas por líneas sinuosas que van engrosando desde el origen al desagüe! Ni se encauzan ó manejan de un golpe como si tuvieran las dimensiones de la representación gráfica y cupieran en las manos y estuvieran formados por una materia sólida, flexible y elástica! ¿En qué punto comenzaría el encauzamiento? ¿En el origen? —¡No hay agua! — ¿En la desembocadura dónde está el mayor caudal de agua? —¡Ahí no hay terreno! — ¿En un punto medio del trayecto? — ¡Entonces se encauzaría el caudal recogido aguas arriba de ese punto, pero no de aguas abajo del mismo! Y como á este segundo tramo le sería aplicable el mismo razonamiento, se necesitaría otro y otros puntos de origen de encauzamiento y, por tanto, otra y otras tomas ó derivaciones. ¿Y qué se hace cuando se destina un río á regar, sino hacer en él diversas tomas de agua ó derivaciones y llevarlas *encauzadas*, por medio de canales ó acequias á los puntos de su empleo?

Se ve, en suma, que cuando se trata de los riegos, nadie encauzaría un río para no regar con él: y nadie regará de un río sin encauzarlo, como digo, atendiendo los consejos de la ciencia y de la práctica en todos los tiempos. (*Muy bien*).

¡Si la velocidad de un río fuera obstáculo para encauzarlo y regar con él, no se propondría ese medio para disminuir aquélla! Y si no se opone á que se riegue, ¿qué se ganaría con disminuirla?

Ni se acrecienta el caudal ni se utiliza mejor, quedándole al razonamiento el valor engañoso de la elocuencia, y sin embargo, se dice que por medio de esos encauzamientos imaginarios se hace lo primero ó lo que equivale á hacerlo, y creen las masas de oyentes que, en efecto, está en nuestras manos el acrecentar por varios modos el caudal de aguas disponible y que el no hacerlo revela imprevisión y abandono indisculpables.

¿Y realmente no tenemos medio ninguno de acrecentarlo? Vamos á verlo, examinando con detenimiento lo que son las lluvias, y ya os anuncio, puesto que de ellas se trata, un chaparrón de ideas vulgarísimas, de todos conocidas y molestas, por lo tanto, de escuchar; pero yo no vengo á que se crean, bajo mi palabra, las afirmaciones que haga, sino á vulgarizar con razonamientos vulgares lo que diga, de suerte que podrá seros molesto, aburrido, intolerable el escucharme; pero no digáis que os engaño, cuando cumplo con lo que el tema exige, tal como os lo he anunciado.

Hay un depósito que surte de cuantas aguas necesitan los continentes, y ese depósito es el mar. La evaporación, haciendo el servicio de una poderosísima bomba, extrae de ese depósito enormes caudales y haciendo á la vez de alambique que las convierte de saladas en dulces, las deposita en la atmósfera en forma de nubes, ni más ni menos que se depositan las mercancías en las estaciones hasta que se forman los trenes que las transportan á su destino. Aquí hacen los vientos el servicio de esos trenes que distribuyen las nubes sobre las diversas partes de nuestro globo y sobre él depositan el vapor de agua en forma de lluvia. (*Muy bien*).

También lo hace algunas veces en forma de nieve y el papel que desempeña en la repartición de las aguas es digno de notarse, porque en algunos países se acu-

mula sobre las montañas y esos grandes depósitos se liquidan paulatinamente dando regularidad al gasto de los ríos y proporcionándose en el verano, que es cuando más falta hace; pero, aparte el que importa poco que caiga en forma sólida o líquida porque al fin en agua se convierte, en España el deshielo se realiza en pocas horas y lejos de proporcionar los beneficios apuntados, sólo inundaciones y desastres produce.

Me limito, pues, á tratar de las lluvias, y vamos á detallar algo más este fenómeno para ver si podemos influir de algún modo en su distribución y en la cantidad.

Inútil es decir que sobre el caudal de los mares no tenemos influencia ninguna; es el que es y de modo alguno lograríamos variar su nivel un solo milímetro.

La evaporación depende de la temperatura, que es tanto como decir del Sol que dirige nuestros movimientos en torno suyo y produce las estaciones y la duración de los días y las noches: influyen las manchas solares, el paralelo en que nos encontramos, etc., y todo esto está por completo alejado de los medios de influencia que pudiéramos imaginar.

Los vientos de todas clases obedecen á desequilibrios de temperatura combinados con la posición relativa de mares y tierras, con las configuraciones geográficas ó topográficas ó causas parecidas. Los alisios, por ejemplo, se forman por la diferencia de temperatura entre el ecuador y el polo: más elevada en el ecuador se eleva el aire atmosférico y viene del polo una corriente inferior á llenar ese vacío que lo deja á la vez y viene á llenarlo la superior ecuatorial: y la dirección es la resultante de combinar la de los meridianos con la velocidad de rotación de la tierra. Ni en la formación ni en la dirección en que se propagan los vientos podemos influir de ningún modo. Veamos ahora cómo repartidas las nubes por los vientos sobre los continentes, se desahacen en lluvias.

Unas veces se producen por el choque de vientos calientes unos y cargados de humedad y fríos, otros, que obligan al vapor de agua á liquidarse. Claro se ve que sobre estos choques no tenemos influencia ninguna.

Se producen otras veces por vientos fríos que llegan á una comarca más caliente y cargada de humedad: ya se ha visto que en los vientos no influimos y tampoco está en nuestra mano apresurar en ciertas localidades la evaporación, que sería además contraproducente y que depende de la existencia de lagos, de la repartición de lluvias anteriores, de la estación y de otras causas físicas sobre las que no tenemos poder ninguno.

Pero hay un tercer modo de producirse la lluvia y es el de la aparición de vientos cálidos y húmedos que llegan á comarcas de temperatura inferior, y este es punto para examinado más despacio.

Se observa, en efecto, que las masas de vegetación mantienen temperaturas inferiores á las de los terrenos que las circundan y se creía, para tales fines, que era preciso que esas masas adquirieran grandes proporciones. Pero aseguran los aviadores que se producen corrientes siempre que atraviesan terrenos reflejantes ó no y que ellos aprecian hasta cuando atraviesan las carreteras que son cintas de pequeñísima anchura. Hay quien asegura que en Madrid ha cambiado el clima por las plantaciones en la dehesa de Amanié y son de escasa relativa importancia. Pero sea de esto lo que quiera, lo innegable es que las grandes masas de arbolado producen esos efectos, y este es un elemento que está en nuestra mano manejar, aunque entre límites no muy extensos.

No ya por el efecto de su menor temperatura tienen influencia las plantaciones de arbolado para la provocación de las lluvias, sino que cuando ocupan las partes altas de las montañas elevadas influyen mecánicamente deteniendo las nubes bajas, impregnándose de su

humedad, chupándolas, si se permite esta frase, y entreteniéndolas hasta que llegan las horas de la noche y las sorprenden enfriándose y revolviéndose en escarcha, rocío ó lluvia.

Sabemos todos, por último, que las lluvias en esas altas regiones, si no tropiezan con arbolado, desnudan el terreno de la capa vegetal, que arrastran á los valles, dejan las rocas al descubierto incapaces de toda explotación, corren las aguas con rapidez destructora, producen inundaciones, y por donde quiera que se las mire son manantial de males y verdaderos desastres, en tanto que cayendo sobre masas forestales, se detienen, conservan la capa vegetal y ayudan á crearla, se filtran constituyendo depósitos que regularizan el gasto de los ríos y obran en todo, si se me permite esta otra frase, ¡como una bendición de Dios! Por eso no se encomiará nunca bastante la necesidad de conservar el arbolado y de acrecentar la riqueza forestal, porque no son dos problemas distintos este y el del aprovechamiento de las aguas disponibles, sino uno indisoluble, único, y quien quiera que piense que se puede no pensar en el primero, sin dejar por eso de resolver bien el segundo, no ve ni á medias el problema que nos ocupa.

Las aguas no se manejan sólo para que hagan bien, sino para evitar que hagan mal.

La insistencia en hacer ver cuál es el origen de las aguas y cómo el total de las disponibles sólo puede acrecentarse con el arbolado ó con la vegetación sin arbolado como otros quieren, y que del total no puede distraerse cantidad alguna en un sitio sin que falte en otro, pudiera parecer baladí y, no obstante, de tener ó no bien arraigadas esas ideas pende el que muchos y graves problemas que son parciales con relación al problema total, se vean bien ó mal y se resuelvan, por lo tanto, bien ó mal.

Tomaré entre éstos uno que entra por los ojos. Me refiero al empleo de las aguas en el secano ó en el regadío, de lo cual hablamos á cada momento sin entenderlo y sin definirlo.

Bien difícil es la definición de estos conceptos, porque los regadíos no necesitan por lo general de las aguas y si las necesitan no lo serán y deberá tenerse por secanos; pero en ésta como en otras muchas cosas, sin dar definiciones exactas, cabe entenderse perfectamente y con lo que ahora diré nos entenderemos de seguro.

Todos distinguen bien dos clases de terrenos: unos que se hallan en la parte baja de los valles, muy feraces, casi horizontales ó fácilmente adaptables á esta forma, en la proximidad de poblaciones y de ríos que en su último trayecto son más caudalosos y más fácilmente aplicables á los usos agrícolas; por éstas y otras condiciones que no cito, ó son ya regadíos permanentes y completos, ó lo son eventuales; quiero decir que pueden perderse las cosechas por faltarles en años de sequía uno ó dos riegos y necesitan que se les proporcionen, ó tienen facilidad relativa para pasar de secanos á regadíos y á todos ellos se les considera como regadíos para la distinción que ahora hacemos.

En cambio, hay terrenos situados muy altos, poco feraces, de pendientes que hacen difícil la explotación agrícola, alejados de la población y cogiendo á los ríos en el origen y faltos de caudal, por lo tanto, y más bajos por la profundidad de sus cauces, de suerte que sólo pueden pensar en utilizar las aguas de lluvia directamente, y á éstos se les considera como secanos.

Sentado ésto, afirmo, aunque descorazone á muchos entusiastas de los riegos, que el problema agrícola en España no es la explotación de los terrenos de regadío, sino la explotación de los secanos. Basta para ello fijarse en que el territorio nacional puede considerarse dividido en tres partes, á saber: un décimo de rocas peladas é incapaces de toda explotación agrícola; otro décimo de esos terrenos de regadío, que hacen pensar á

muchos que así es todo lo demás, siendo tan escasa parte, y ocho décimos de terrenos de secano. ¡Ya se ve que el regar una parte de éstos, aunque se decuplicara su valor, no equivaldría á explotar el resto de modo que su valor solamente se duplicara! Pues bien: hombres de extraordinaria competencia en esta materia y no incultos, han dicho por escrito y repetido muchas veces de palabra, que primero es resolver el problema del regadío, y después vendrá el del secano. Pero ¿en qué consiste la explotación agrícola de los últimos? Pues consiste en disponer los terrenos en tramos horizontales, para que las aguas de lluvia se detengan; en hacer labores muy profundas, para que también las aguas profundicen mucho y se conserven el mayor tiempo posible á disposición de las plantas; en que éstas resistan á la sequía, eligiendo para ello las semillas; en labrar y abonar de cierto modo, etc., etc., porque yo no vengo hoy á enseñar á cultivar secanos, sino á examinar la parte que en ese cultivo ha de tener el empleo de las aguas de lluvia y que, como véis, todo estriba en *no dejarlas correr*. Y como ya hemos visto que las que en una parte se toman, en otra se quitan, estamos autorizados para afirmar que no son dos problemas distintos que hayan de resolverse uno después de otro, sino un solo problema, el del aprovechamiento de las aguas disponibles del mejor modo que sea dable. De ser dos, sería antes el del secano, porque no todas las aguas las consumen las plantas, y al fin salen las sobrantes aguas abajo y sería de apreciar las que dejan sobrantes; pero es uno, y no habría modo de justificar el que se hicieran obras de gran dificultad y de mucho coste para explotar con ellas el regadío y que luego fueran inútiles, porque al explotar los terrenos de secano, y detener en ellos las aguas, no se les dejaría llegar á los de abajo. ¡Malo es que en muchos casos se hagan ciertas obras antieconómicas *para regar*; pero no tendría disculpa el hacerlas *para no regar*!

Ya se ve cuánto importa afirmar ideas tan insignificantes y baladíes, al parecer, como éstas; que no hay más origen de las aguas que las lluvias: que pueden acrecentarse en cierta medida, y no indefinidamente, por el arbolado; que no son dos explotaciones distintas la forestal y la hidráulica; que tampoco son dos problemas el del regadío y el del secano; que el único es la explotación de los caudales disponibles del modo más eficaz, y que sean vistas ó subterráneas, artesianas ó no, todas forman un todo, del que si se distrae una parte aguas arriba, aguas abajo se hará sentir la falta. Pues cuando se consideran estas ideas como incontrovertibles, viene la parte más interesante, porque sirve para plantear en su totalidad el problema hidráulico y que yo reduzco resueltamente á estos términos: *Todo el que vea agua y nada más que agua en nuestros ríos, no ve el problema hidráulico; y todo el que vea agua cuyo principal destino sea el riego, no solamente no ve el problema hidráulico, sino que lo ve mal, que es muchísimo peor, porque puede conducir á estupendos dislates!*

Y así como antes, al hablar de las lluvias, os anunciaba un *chaparrón* de razonamientos vulgares, ahora, al tratar de los ríos, os anuncio una *riada* de ellos, que os ruego llevéis con paciencia, porque á eso he venido y porque no dejarán por eso de definir con exactitud el alcance de lo que llamamos problema hidráulico, que es bien distinto del que sólo se concreta al establecimiento de los riegos.

Tenemos, en primer término, en los ríos, volúmenes de agua que, en relación con la gravedad, representan pesos que pueden expresarse en kilogramos, porque tanto da decir que en una sección determinada pasan tantos ó cuantos metros cúbicos de agua, como tantas ó cuantas toneladas, ó tantos ó cuantos miles de kilogramos; tenemos, pues, una fuerza expresada en ki-

logramos. Pero la naturaleza flúida del elemento que forma el río, le permite utilizar las más débiles pendientes y bajar de continuo, lo cual engendra una corriente, que es tanto como decir que la fuerza recorre un camino que puede expresarse en metros, y la combinación de estos dos elementos produce un trabajo mecánico, en el cual no importa tanto el camino recorrido por la corriente como el desnivel que en ese trayecto se consume, puesto que para la estimación del trabajo ha de medirse el camino recorrido en la dirección de la fuerza, que es la de la gravedad, ó sea la vertical. Fuerza expresada en kilogramos y desniveles medidos por metros, dan un producto que será el trabajo expresado en kilográmetros, y como 75 de éstos forman un caballo de vapor, dividiendo aquel producto por esta cifra, habremos expresado el trabajo mecánico en caballos de vapor. Porque el kilográmetro, que es el esfuerzo necesario para elevar un kilogramo á un metro, es pequeña unidad para la industria.

¡Y eso es lo que ha de verse en los ríos; trabajo, energía, fuerza viva, caballos de vapor! (*Muy bien.*)

Si imagináramos ahora, sometidos al cálculo los volúmenes variables en cada sección y los caminos variables recorridos por cada volumen, para obtener el caudal medio expresado en kilogramos y el desnivel medio consumido expresado en metros, el producto de estos dos factores dividido por 75 nos daría una representación de la energía del río expresada en caballos de vapor; y la de todos los ríos juntos daría idea de la potencia enorme, de la riqueza extraordinaria que acumulan y arrastran, para perderla estérilmente en pueblos imprevisores ó para ser origen de civilización, materia de progreso y desenvolvimiento de riqueza y de vida, donde sepan apreciarla y medirla y tengan perseverancia y acierto al darle aplicación.

Representándonos así los ríos, vemos en ellos unas veces fuerza que, metida en tuberías y utilizando un desnivel y, por lo tanto, una presión, abastece á una ciudad de aguas potables, que es el mayor beneficio que puede recibir, porque es higiene y ornato, y vida y comodidad inconcebible, cuando en los últimos pisos de las viviendas con sólo mover una llave se tiene surtida la cocina, el inodoro, el lavabo ó el baño. ¡Pero es mucho más que esto! Porque donde hay una fuerza en movimiento, donde hay un trabajo, hay su transformación en electricidad y el transporte á distancia y la conversión de nuevo en otro trabajo, de suerte que ya es luz en una población que alumbra los teatros, los grandes talleres, como las más modestas viviendas, ya es calor en las estufas eléctricas y calentapiés, ya sonido que pone en relación por el teléfono á los habitantes de un pueblo, ya, en suma, es fuerza motriz que mueve lo mismo las grandes máquinas de las industrias más perfeccionadas, que las de coser, ó más modestas de los más modestos hogares. ¡Y todo esto, que es tanto y tan grande, se ve en los ríos cuando se ve en ellos el trabajo que representan, y todo esto se pierde cuando sólo se ve en ellos el agua que llevan!

Vale la pena de detenernos aquí todavía, porque esta es la esencia del problema.

El exámen más detenido de aquel producto de dos factores de que hablaba hace un momento, puede sernos muy provechoso, porque tiene en este caso una particularidad digna de mención.

Imaginemos que, envueltos en un volumen de agua, caminamos por la corriente de un río y que al llegar á una sección donde debe precipitarse dando un salto, asoma la cabeza, ve el precipicio, se amedrenta, se arrepiente y se desvía prefiriendo ir mansamente á fertilizar el campo con sus riegos. ¡Yo ya sé que va á realzar otro género de trabajos! Ni regar podría si no consumiera una pendiente tan pequeña como se quiera para rodar por las acequias, y prescindo ahora de otros

trabajos moleculares, químicos y orgánicos de la mayor importancia. Esos trabajos no nos interesan ahora, ni aquellos otros en que se convertía el trabajo mecánico, transformado primero en electricidad y reconstituido después en otras formas; porque ahora sólo estudiamos un producto de dos factores bien determinados.

En el caso que imaginamos ahora, el volumen de agua, que es uno de ellos, se ha dedicado á la Agricultura y nos ha anulado el salto. Pero supongamos que al asomar la cabeza sobre el precipicio no se amedrenta ni se arrepiente, sino que se envalentona, se persuade del gran papel que va á representar en la Industria, acepta el sacrificio, se recoge sobre sí mismo, toma aliento, *se santigua si queréis*, y se lanza sobre la turbina que lo espera. ¡Al salir de ella ha realizado el trabajo mecánico que se proponía; pero no ha dejado de ser agua! Al consumirse el agua en el riego, ha inutilizado el salto; pero al consumir el desnivel del salto, no se ha inutilizado el agua, que no podrá ya regar aquellos terrenos que han quedado más altos, pero sí otros más bajos que pudieran ser más feraces y más reproductivos que los anteriores. En el primer caso sólo utilizamos el agua para el riego, mientras que en el segundo la utilizamos primero en trabajo mecánico transformable á nuestro gusto para la industria, y además, y en segundo término, para el riego. Es, pues, en general, más provechoso y útil pensar antes que en los riegos para la Agricultura en los trabajos mecánicos para la industria. (*Muy bien*).

Estamos ya habilitados para imaginar dos casos extremos que contienen entre sí todo el problema hidráulico.

Primer caso: El de un río en el que ni una sola gota dejara de utilizarse en el riego y que, no obstante, pudiera decirse que su caudal de agua no había sido aprovechado debidamente. Segundo caso: El de otro río que sin haber gastado una sola gota de agua en el riego, pudiera enorgullecerse de haber sido aprovechado del modo más útil y más reproductivo que fuera dable imaginar. Y entre estos dos extremos debe oscilar la verdadera solución del total problema hidráulico que ya hemos visto que era único con relación á los orígenes de agua, único con relación á las diversas procedencias subterráneas, vistas, artesianas, naturales ó como quiera que sean; único en cuanto á la explotación del arbolado y de las aguas disponibles; único en sus relaciones con el regadío y el secano, y único ahora como representado en los ríos por un trabajo mecánico susceptible de transformarse y de alimentar todo género de industrias y como una de tantas la agrícola.

Esa, por importante que sea, que lo es mucho y no será yo quien la rebaje, es, no obstante, una derivación, una hijuela, una parte todavía pequeña, dentro del problema general hidráulico, que es tal como lo acabo de indicar, y que no cabe, por lo tanto, que sea estudiado por grupos aislados, sino en totalidad, para buscar el mejor aprovechamiento. No ve el problema quien cree que pueda resolverse dejándolo á la iniciativa de los particulares, no ya asociados para convenir en un plan, sino en la mayor libertad é independencia individuales, atentos solamente á sus conveniencias especialísimas, de suerte que esas salpicaduras incoherentes, aisladas y de intereses muchas veces encontrados, serían la solución caótica de cosa que reclama un plan bien concebido y ordenado.

Esa gran riqueza, capaz de multiplicarse hasta lo increíble con el esfuerzo inteligente y perseverante de generaciones previsoras, no puede administrarse en la anarquía que acabo de describir, y mucho menos atendiendo al carácter que entraña esa propiedad especialísima. En los pasados tiempos, aun los más revolucionarios, hasta los más radicales convenían en lo intangible y respetable de la propiedad individual, verdadero fun-

damento de las sociedades humanas, sin que esto quiera decir que no sea anterior la propiedad comunal; pero van cambiando tanto las ideas, que ya en la liberal, democrática y grande Inglaterra, pero también en la monárquica, gubernamental y especialista Inglaterra, en eso de vivir en la realidad, no sólo se legisla restringiendo y condicionando esa propiedad individual, sino que andan por el mundo sus Ministros predicando en mayor ó menor escala la socialización ó nacionalización de esa propiedad. Ese problema ya planteado no podrá menos de resolverse más ó menos pronto por movimientos tumultuosos y revolucionarios ó por evolutivos y tranquilos; contando con una ú otra medida con el tiempo, por trámites sucesivos ó de un golpe. Por el momento ya se condiciona y cohibe al propietario, obligándole unas veces á dividir su propiedad, otras á venderla, otras á explotarla por sí mismo en condiciones determinadas, otras á arrendarlas de cierto modo y respondiendo de daños y perjuicios de los colonos, etcétera, y cuando la tendencia es á socializar la propiedad, acaso con enormes gastos de expropiación, no se concibe que se individualice una propiedad que ya estaba socializada y que correspondía indiscutiblemente al Estado, porque para todos llueve y por cauces y terrenos del común corren las aguas. ¡Individualizar ahora lo que es de todos, para venir mañana á expropiar acaso y pagar lo que había sido del Estado, para que vuelva á serlo!

Estas ideas se suman á las anteriores para demostrar la necesidad de que el Estado estudie detenidamente el plan completo de utilización de las aguas disponibles, al cual deberán acomodarse las concesiones á particulares, para que éstos contribuyan á la solución del total problema hidráulico en la forma y con las condiciones que convengan y estén designadas en el mencionado plan.

Al llegar á este punto veo ya colgar de vuestros labios dos preguntas que voy á hacer por vuestra cuenta y á contestarlas por la mía.

La primera es ésta: «¿Y hasta que esté estudiado ese plan del modo que tú nos dices no se van á hacer concesiones de aguas? Porque ahora sí que tiene aplicación aquel refrán castellano que dice: "Si tan largo me lo fias, corta para capa." (Risas.)

Ya veréis ahora si me ando con repulgos ó en rodeos para contestar á esa pregunta.

Declaro que no puede verse el total problema hidráulico más que del modo que acabo de indicar; y ya que la razón española parece que nada vale si no va en compañía de la razón extranjera, alemana, inglesa ó rusa, voy á haceros una confianza, si me lo permitís.

Esto que ahora os digo como español, como político, como ingeniero y como exministro del ramo, me lo sabía yo ya hace mucho tiempo, y aun un poco más que esto, y lo sabía, por lo tanto, cuando á nuestro llorado Presidente, mi queridísimo amigo y jefe, Sr. Morret, se le ocurrió el traer unos ingenieros ingleses para que nos enseñaran á regar en España y á hacer proyectos de riegos á nosotros, que sabíamos de eso más que ellos y mucho antes que ellos. Porque han sido mucho mejores maestros nuestros en esa materia los antiguos árabes que los modernos ingleses. Y como esos ingenieros ingleses venían aquí sin prejuicios y con total independencia de juicio, se marcharon, declarando ingenuamente en una Memoria lo que yo he dicho en unas pocas palabras, á saber: que en los ríos de España veían pocas aguas para la agricultura y muchos saltos para las industrias.

La doctrina es, pues, la que acabo de exponer; pero asimismo declaro que el estudio completo de ese plan es inabordable ó por lo menos irresoluble, porque hecho entre muchas personas no se llegaría nunca á disipar las diferencias de juicio y no tengo noticia de ninguna que

conozca á fondo los graves problemas que se encierran en el general, faltando, además, estadísticas y datos de campo que son indispensables para marchar orientados por los laberintos de la solución. Y todavía esto es poco, porque esas personas tendrían que adivinar muchas cosas relacionadas con la influencia relativa de unos aprovechamientos sobre otros y las modificaciones que sobre todos acarrearían nuevos progresos ó inventos científicos, de suerte que se cambiaría en cierto modo el radio de acción de los ingenieros por el de los zahories. En todo caso, la cosa es muy difícil y exigiría mucho tiempo; pero entre esperar á que el plan se terminase ó dejar que lo formen al azar las salpicaduras desordenadas de los intereses particulares, hay un término medio en el que, como en todos los términos medios, está la virtud. ¿Cuál? Ahora os lo diré al contestar á vuestra segunda pregunta, que no haréis, pero que podríais hacer y me basta y es ésta: "Y puesto que tú has sido Ministro de Fomento, ¿qué hiciste sobre esto que nos convenza de que no es todo hablar y más hablar cuando no se tiene la responsabilidad de hacer, y callar y no hacer nada cuando llega la hora de obrar?"

Con deciros que fui Ministro del ramo veintidós días, podría excusar toda otra explicación; pero como ciertas digresiones, si no son indiscretas ó desmesuradas, alivian del cansancio de la atención, os diré algo más.

Era la época en que se perdían las cesantías por virtud de un decreto que no podía prosperar, porque iba contra varias leyes y porque su fundamento era parecido al que voy á indicar. Un héroe se gana en juicio contradictorio la cruz laureada de San Fernando; pero si vuelve á ser héroe, en vez de darle la segunda laureada, se le quita la primera. Las leyes del reino concedían ciertos derechos pasivos á los que como Ministros habían prestado ciertos servicios á la Nación; pero si esos servicios se acrecentaban volviendo á ser Ministro, se perdía lo antes ganado. Pero no se sabía aun más sino que por el decreto se perdían, y cuando yo me negaba á ser Ministro, porque nunca me ha gustado serlo, me dijo Sagasta: "Van á creer que no te obligo porque eres sobrino mío y no quiero que pierdas la cesantía." Esto me quitó toda vacilación, y no había acabado la frase cuando ya había yo aceptado la cartera.

Y como no sabía lo que iba á durar, y como si no puedo decir que conozco estas cuestiones, si puedo decir que las tenía estudiadas, saben todos los que entonces estuvieron á mi lado que tenía preparadas las órdenes para que se echaran al campo cuantos supieran manejar instrumentos topográficos y no fueran indispensables en los servicios ordinarios y recorrieran las cuencas hidrográficas desde sus orígenes, indicando los aprovechamientos concedidos, su estado de abandono ó caducidad, sus influencias relativas é importancia, los gastos en diversas secciones y épocas del año, la posibilidad de desviaciones para producir saltos ó para almacenar en pantanos los caudales sobrantes para emplearlos en el riego ó en dar permanencia y regularidad al régimen fluvial y reunir, en suma, otros muchos datos de esta índole. Vendrían después los anteproyectos de lo que al primer golpe de vista apareciera como más importante y reproductivo. y más tarde, si los anteproyectos confirmaban las previsiones, los definitivos proyectos; y, por último, con la base de los unos ó de los otros, las subastas ó concursos en condiciones de repartición de beneficios con el Estado y plazos de reversión á éste, para que sin abandonar esa propiedad tan interesante, pudieran los capitales de los particulares contribuir al desarrollo de un plan que no cabe imaginarlo sin el acompañamiento de gastos de grandísima consideración y no olvidando de una parte que debe tratarse de una manera excepcional y privilegiada á las asociaciones de regantes, y de otra que no se puede emplear el dinero de la nación en enriquecer á particulares.

Y no puedo, señores, detallar más, por que no vengo á examinarme como Ministro, sino á vulgarizar conceptos con razonamientos modestísimos, propios de la cultura ordinaria.

Estudiemos ahora el problema especial de los riegos, entresacado del general hidráulico; pero no podrá ser ya esta tarde, porque aun cuando lo resuma mucho, haría esta conferencia larguísima é inaguantable.

Lo dejaremos, si os parece, para otro día y no os digo al despedirme "hasta ese día", porque los que hayan aguantado ésta que en términos de moda se llamaría *lata*, no vendrán á la otra ni aunque los aspen.

Que ésta, por lo tanto, os sea leve, y buenas noches. (*Muy bien, muy bien, aplausos*).

RECUERDOS

Otra vez á Londres, otra vez á la Exposición, otra vez á mis concienzudos trabajos.

La masa de prospectos, folletos, Memorias, artículos y datos de toda clase que yo recogí, era una masa verdaderamente enorme. Lástima fué que todo aquello no diera resultado práctico. Fué un trabajo completamente perdido, como explicaré más tarde.

Aquella soberbia *galería de máquinas* la sabía yo de memoria, como vulgarmente se dice. Cada monstruo de hierro era un amigo, del cual tenía yo un retrato exacto y fiel, y la mayor parte de las noches las pasaba haciendo apuntes y reproduciendo croquis de memoria; apuntes y croquis que comprobaba al día siguiente sobre el terreno, es decir, ante la maquinaria.

Muchos recuerdos tengo de Londres. En aquel tiempo conocí á uno de los políticos de mayor altura que han existido en España durante el siglo XIX: á D. Salustiano Olózaga.

D. Salustiano tenía un hermano, hombre también de gran mérito, D. José Olózaga; y D. José tenía un hijo á quien adoraba, y que era joven de mucho talento y de grandes esperanzas. De su trágica muerte hablaré en otra ocasión.

Fué el caso que Celestino Olózaga, que había sido discípulo mío y que por entonces estaba en Londres de prácticas con un profesor de la Escuela, nos puso en comunicación á su tío D. Salustiano, el gran político, el gran orador, el célebre expresidente del Consejo de Ministros y uno de los primeros jefes del partido progresista, y al modesto profesor de la Escuela de Caminos, al cual, por entonces sólo conocían sus discípulos, sus compañeros y algún proteccionista que otro por los célebres mítines de la Bolsa.

Era D. Salustiano hombre de majestuosa figura; de hermosa y artística cabeza, bien colocada y bien erguida; de pelo entrecano, abundoso y ondulado; de mirada entre altiva y bondadosa; de ancha cara, afeitada toda ella, y de movimientos lentos, pero solemnes. Su físico bien conocido es por sus retratos, y las notas salientes eran las que acabo de indicar.

Por entonces sólo le traté algunos días y superficialmente: más tarde le traté con mayor intimidad, aunque con el respeto que le era debido por el talento, por su elocuencia y por su elevada jerarquía.

Era en el trato por todo extremo afable, aunque en su afabilidad dominaba siempre el respeto á la propia dignidad, con ciertos aires paternales, de que no abusaba nunca, pero de que usaba siempre que se presentaba ocasión, poniendo á veces en ellos cierta ironía finísima y de buen tono. Era bondadoso, pero no por debilidad; más bien pudiera decirse que por altivez, como si considerase á todos los que le rodeaban á manera de seres inferiores y creyera poco generoso humillarlos.

Ya es tiempo de dar por terminada la Exposición Universal de 1862.

Ya es tiempo de dejar á Londres, después de haber pasado en la gran metrópoli cerca de tres meses de feliz recuerdo.

A España, pues.

Al cruzar el estrecho sufrí un nuevo mareo. Aquella vez no me tuvo consideración; sin duda llegó á su noticia que el proyecto de Brockman había fracasado por completo.

Liquidemos este asunto.

Acogió el emperador bondadosamente las dos grandes carpetas en que la Memoria, los presupuestos, los planos, y hasta otra Memoria especial sobre el sistema de construcción estaban contenidos. Lo envió todo á informe de una comisión nombrada por el emperador mismo, y la Comisión, en la cual no debían abundar los poetas, informó en términos desfavorables.

Al agua fué el pensamiento. De todo ello no quedó más que un precioso artículo, medio científico, medio fantástico, que escribió algunos años más tarde Leopoldo Brockman, y que publicó en no sé qué periódico de Madrid.

¡Pobre Brockman: qué alma tan noble y tan pura, qué carácter tan simpático, cuánto talento, cuánto ingenio, cuánta poesía, y cuánto tuvo que luchar en la vida!

La vida fué para él, y con él se portó, como hubiera podido ser y hubiera podido portarse la más cruel de las coquetas con el más fervoroso de sus amadores.

Al principio, sonrisas y caricias; simpatía por todas partes; una carrera brillantísima; una familia buena y cariñosa; una posición elevada en Italia; sueldos de no sé cuántos miles de duros (14 ó 16.000); entusiasmos de D. José Salamanca; éxitos como ingeniero constructor; grande protección en la corte romana; la felicidad en pleno azul.

Y luego, en breve tiempo, todo cambia: amistades que cesan; horizontes que se ennegrecen; la salud que declina; las fuerzas que faltan, y la lucha por la vida que arrecia, al mismo tiempo que las energías decaen. Y al fin, la muerte, cuando era muy joven todavía, cuando la esperanza con terquedad aleteaba.

Muchas veces he pensado que aquel proyecto del paso del canal de la Mancha fué simbólico para el pobre Brockman. ¡Quién sabe! ¡Acaso desde entonces empezó á declinar la confianza de D. José en su ingeniero predilecto!

Pero volvamos á España, y recorramos el tiempo que media entre el año 62 y el 68.

De los seis años que median del 62 al 68, ó sea al año de la revolución, recuerdo muy pocas cosas. Es como una superficie unida en que ni se destacan montañas ni se hunden abismos: planicie tranquila y monótona.

En este período, sin embargo, escribí otro drama, que por entonces se titulaba *El banquero*, que después cambió de título y de extensión. Dejemos aparte la postrera encarnación del drama, y digamos algo de la primera.

Declaro solemnemente que á mí no se me ocurrió escribir esta obra. Hacía muchos años que yo no escribía drama ni comedia. Mi afición activa al teatro, es decir, mis impulsos y anhelos de autor dramático, estaban muy decaídos. La iniciativa partió de mi amigo Leopoldo Brockman, y diré cómo fué y por qué fué.

Brockman había ido á Italia, como uno de los primeros ingenieros de D. José Salamanca, para construir una de las redes de caminos de hierro de aquella península.

Al principio, el ingeniero estaba encantado con el

empresario, que era generoso, de elevados puntos de vista, aficionado á las artes, capaz de gastarse miles de duros en una estatua, en un cuadro ó en un ejemplar único de *Tirante el Blanco*.

Y asimismo el empresario estaba encantado con su ingeniero. En mi propia casa de la calle del Horno de la Mata, y sentado junto á mí, le oí á D. José Salamanca el día en que vino á proponerme que fuera á Italia á trabajar como ingeniero en compañía de Brockman—aunque al fin no pude ir, porque se opuso á ello la Dirección de Obras públicas, cortándome, con el mejor deseo, pero con la mayor crueldad, las alas por vez segunda—; le oí decir, repito, que no había tenido ningún ingeniero ni más inteligente, ni más trabajador, ni más recto que Leopoldo Brockman.

En aquellos primeros años Salamanca y Brockman estaban, como vulgarmente se dice, á partir un piñón. La verdad es que se repartían muy á gusto las ganancias de la red italiana, recogiendo Brockman unos cuantos miles de duros en forma de sueldos diversos, y Salamanca muchos millones, como empresario, en forma de ganancias de la empresa.

Pero, ¡cosas humanas! ¡vicisitudes de la suerte! ¡caprichos de la fortuna! La buena armonía entre don José Salamanca y Leopoldo Brockman se enfrió poco á poco, y al fin se apagó del todo. Muchas causas contribuyeron, á lo que pude entender, para este cambio de la mayor cordialidad en alejamiento y desvío.

Brockman, por exceso de trabajo y porque su naturaleza nunca había sido muy robusta, enfermó gravemente de la malaria, que al fin le dejó como residuo una afección crónica al estómago, de la que murió no muchos años después el pobre Leopoldo.

Tuvo que abandonar, pues, temporalmente la dirección de los trabajos, y al fin se vió obligado á salir de Roma.

Durante este período las cosas no marcharon tan á gusto de D. José Salamanca como antes: ó flaquearon los trabajos de la red férrea, ó es que ésta había dado de sí todo el jugo que podía dar; y cuando las ganancias disminuyen y un negocio se tuerce, no hay hombre de negocios en el mundo que conserve su buen humor. Y cuando la gente está de mal humor, riñe con facilidad suma.

Y, por otra parte, el que ha estado muy enfermo, no siempre conserva el equilibrio de sus nervios, tan necesario para salvar situaciones difíciles.

De donde resulta que, cuando pasados muchos meses, el empresario y el ingeniero se volvieron á encontrar, habían cambiado uno y otro respecto al otro y á uno.

Hubo otra circunstancia, según oí decir, que molestó á D. José Salamanca. La corte romana, en la cual tenía Brockman muchos amigos, se empeñó en darle una prueba de consideración y afecto y le otorgó el título de *conde*: conde de Brockman.

Esto, aseguran personas bien informadas que no le pareció bien al poderoso banquero, que por entonces no llevaba título ninguno, aunque con posterioridad obtuvo el de marqués de Salamanca.

Ello fué, según parece, que D. José se sintió molesto, y aun alguien le oyó decir: «Yo tengo á mis órdenes ingenieros, pero no quiero tener condes, ni duques, ni príncipes: es demasiada corte para un hombre de negocios.»

No sé si todo esto será cierto, aunque como cierto me lo refirieron; pero, en todo caso, está muy dentro de las condiciones humanas, y aun de la humana psicología, como ahora se dice.

Otro incidente, que acaso contribuyó poderosamente á la definitiva ruptura de relaciones entre ambos, fué el desechado proyecto para el paso del Canal de la Mancha.



D. José Salamanca se había entusiasmado con la idea de Brockman, y cuando el Emperador le dio á entender, devolviéndole los planos y la Memoria del proyecto, que el tal proyecto era imposible, porque es de todo punto imposible construir una vía férrea en el fondo del Canal de la Mancha, entre Francia é Inglaterra, á 60 metros de profundidad, pues á profundidad tal no se llega, no ya para trabajar, pero ni siquiera para sacar á pedazos un barco que se haya hundido; cuando esto oyó ó entendió D. José Salamanca, se sentiría humillado seguramente, y acaso en ridículo, como proyectista, ante el poderoso emperador de Francia.

Naturalmente, le echó la culpa á Brockman, que le había metido en semejante aventura, según el mismo D. José me dio á entender en cierta ocasión. La verdad es que él se había metido de buena voluntad.

En resumen: que Brockman se separó definitivamente del servicio de D. José Salamanca y regresó á Madrid para trabajar por su cuenta como ingeniero.

Volvió Brockman á Madrid con su familia, y de nuevo reanudamos nuestras antiguas y cariñosísimas amistades. Y pasábamos por aquellos días muchas horas juntos discutiendo de todo lo discutible, desde la política hasta la filosofía, desde el arte dramático hasta el paso de Calais. Y el paso de Calais me sale al paso para tomar parte en estas conjunciones extravagantes, pero á mi entender sólidas y firmes entre los hombres y las cosas.

Sin el paso de Calais, quiero decir, si no hubiese existido, claro es que Brockman no hubiera ideado aquel fantástico proyecto que, después de haber despertado tantas esperanzas en D. José, le proporcionó al fin un mal rato.

Y sin aquel proyecto quizá no se hubieran separado Brockman y Salamanca, ó se hubieran separado más tarde. Y ni habría vuelto Brockman por entonces á Madrid, ni me habría propuesto escribir *El Banquero*. Expliquemos lo que ocurrió.

**

Brockman había vuelto de Italia muy amargado, con el sistema nervioso excitadísimo y con una enemiga formidable contra todos los banqueros y contra todos los hombres de negocios.

Como él era ante todo y sobre todo poeta, no hay que extrañar estas nuevas tendencias de su espíritu. Todo poeta tiende á la exageración. En ocasiones vislumbra la verdad aun antes que el hombre de ciencia, pero la transforma y la idealiza.

Y así, Brockman venía con impulsos socialistas, y eso que no habíamos llegado á la época del socialismo, que por entonces se hacía el mortecino en Francia y en Alemania el dormilón.

Ello fué que un día me dijo mi buen amigo:

—Oye, Pepe, ¿por qué no escribimos un drama? Tú ya haces versos, yo siempre los hice, y esta vez tengo una idea que me parece fecunda. Escribimos entre los dos un drama, y lo escribimos en verso.

Porque entonces, para escribir dramas ó comedias, era, ya que no circunstancia indispensable, muy recomendable al menos escribirlos en verso.

—Vamos á ver, ¿cuál es tu idea? —le dije.

—Aún no tengo el argumento — me contestó, — pero lo que quiero es escribir un drama, pitando al banquero moderno, al banquero en general. No se trata de Salamanca, que tiene condiciones excepcionales, sino de un banquero simbólico, con sus egoísmos, con sus corrupciones, con sus ansias y sus apetitos, con su afán de oro á todo trance, y en suma, con su materialismo, que es el materialismo de este siglo en que vivimos.

Y aquí pronunció él, con gran vehemencia, ajena en verdad á su carácter, un discurso desenfrenada-

mente socialista. Bien se observaba que iba resolviendo antiguos enojos y antiguos desengaños contra el becerro de oro.

Mira — le contesté yo, sintiendo que en mí se sublevaba el hombre de la Economía Política —, no estoy conforme con muchas de las cosas que has dicho. Ya sabes que soy individualista de la escuela de Bastiat. Ni creo que este siglo sea tan materialista como supones, ni creo que todo banquero, sólo por ser rico, haya de ser malvado, egoísta y perverso.

Los habrá malos, como en todas las clases de la sociedad; pero los hay buenos, muy buenos y muy simpáticos, como en todas las esferas de la vida, desde el que viste blusa hasta el que ciñe corona. De suerte que yo no condeno ni condenaré nunca en globo á toda una clase social; me contento con dar á cada cual lo suyo.

No recuerdo haberle dicho estas mismas palabras; pero el sentido de mi réplica y de mis objeciones fué éste, indudablemente.

Seguimos discutiendo largo rato sobre las grandes empresas, los hombres de negocios y las condiciones morales de los banqueros. Al fin de la discusión, creyendo que yo me había arrepentido de mi primera concesión, me dijo él con tristeza:

—¿De modo que no quieres escribir el drama?

Y yo le repliqué:

—No me comprendes. Escribiremos el drama, y el protagonista resultará tan malvado como tú te propingas. ¿Qué tiene que ver una obra de arte, dado que resulte obra de arte y no un mamarracho, con mis ideas económicas ó sociales? Yo creo que en un drama, ni se deben demostrar teoremas científicos ni se puede pretender la solución de ningún problema social.

Ello es que al día siguiente empezamos á trazar las líneas generales de nuestra obra.

En fin, cuando la estructura del drama quedó completa, yo me encargué de escribir el primer acto y él de escribir el segundo. Terminados estos dos, ya nos dividiríamos luego el tercero.

Llegó el verano; Brockman se quedó en Madrid, y yo, con mi mujer y mi hija, me fui á pasar el verano á Alicante.

Verano muy agradable y de recuerdo muy grato. Mucho calor, que es lo que á mí me gusta y me ha gustado siempre, pero mucha alegría.

Yo, en cuanto llegué, puse manos en la obra y empecé á escribir mi parte, escena tras escena; ¡con cuánta ilusión, con cuánto entusiasmo!

En poco más de veinte días había yo terminado el primer acto, y antes de terminar el mes le escribí á Brockman para preguntarle en qué estado llevaba el segundo acto. Brockman me contestó diciéndome que tenía asuntos graves, preocupaciones serias; que de todo el segundo acto no había escrito más que una *redondilla*, y esto por capricho y como muestra; que por su parte renunciaba decididamente á escribir el drama, y que lo abandonaba á mis entusiasmos dramáticos para que le diese fin. Al mismo tiempo me mandaba la *redondilla en cuestión*.

Yo me había encariñado con la obra, y sin más requerimientos la tomé por mía; seguí escribiéndola, y al regresar á Madrid tenía ya los tres actos, es decir, la obra completa, porque no habíamos pensado que tuviese epílogo. El epílogo que le dió nombre y que la noche del estreno la salvó, convirtiendo el fracaso en triunfo, lo escribí muchos años después.

En el segundo acto intercalé piadosamente la *redondilla* que había escrito Brockman. ¡Recuerdo tiernamente para mí del pobre Leopoldo!

Por entonces el drama quedó archivado. Dejémosle descansar y vamos á otras cosas y á otros asuntos.

JOSÉ ECHEGARAY.